

LIBROS

Ángel Rivero

EL CURSO PERDIDO DE
LA DEMOCRACIA. POPULISMO,
AUTOCRACIA
Y POLARIZACIÓN

Mary Beard

CLÁSICOS SIN FILTROS.
EL IMPACTO
DEL MUNDO ANTIGUO

José Castillejo

UN LIBERAL EN LA CONVULSA REPÚBLICA.
ARTÍCULOS ESCOGIDOS
DEMOCRACIAS Y DICTADURAS

Juan Esteban Constaín

EL HIJO DEL HOMBRE. GRECIA, ROMA Y EL
NACIMIENTO DEL CRISTIANISMO

Adolfo García Ortega
LOS FALSARIOS

Jorge Luis Borges
CONFERENCIAS
REUNIDAS 1960-1985

Peter Stamm
CUANDO OSCURECE

ENSAYO

Dos conceptos de democracia

por **Jorge del Palacio Martín**



Ángel Rivero
EL CURSO PERDIDO
DE LA DEMOCRACIA.
POPULISMO, AUTOCRACIA
Y POLARIZACIÓN
Madrid, Encuentro, 2026,
236 pp.

La gran teoría política de la segunda posguerra —quizá la teoría política por excelencia— tuvo como principal cometido tratar de entender por qué la transición de los regímenes liberales a la democracia de masas del primer tercio del siglo xx fracasó. Esta teoría política se empeñó en intentar comprender por qué dicha transición descarriló y terminó alumbrando lo contrario a lo deseado: en vez de un régimen liberal con una vida democrática ampliada con la integración de las masas, lo que sobrevino fue la experiencia del totalitarismo —de signo fascista y comunista— acompañada por la tragedia de dos guerras mundiales. Así las cosas, en el reparto general de las tareas a realizar dentro

de la gran familia de la ciencia política, la teoría política, que se afirmó como un campo de saber específico y autónomo después de la Segunda Guerra Mundial, se arrogó la reflexión sobre los conceptos, ideas y principios que habían degenerado en la experiencia del totalitarismo.

Ángel Rivero, profesor de teoría política en la Universidad Autónoma de Madrid y autor del libro que aquí se reseña, ha recordado al respecto que la teoría política no nació, por tanto, con una vocación prescriptiva. Esa tarea quedó reservada para la filosofía política, y no sin recelo, a la luz del desastre al que habían conducido los sistemas de ideas con vocación de totalidad. El propósito de la teoría política, recuerda Ángel Rivero, era mucho más modesto, pero no por ello menos urgente. No era dictar qué debe hacer el político, sino entender cuál había sido el rendimiento de las ideas que habían saltado del despacho del profesor o el intelectual, en un sentido amplio, al campo de la vida política activa.

Aunque este programa de investigación no se hace explícito en *El curso perdido de la democracia* de Ángel Rivero —entendemos, con buen criterio, para no asustar al lector con los

peajes propios de la escritura académica— la introducción conduce al lector a un territorio dominado por el estilo de la gran teoría política, tal y como quedó definido en la segunda posguerra. Entre cuyas virtudes, dicho sea de paso, destaca una claridad expositiva que produce un efecto balsámico en el lector. Al menos para quien por gajes del oficio está obligado a lidiar con la prosa, mezcla de oscuridad y pura banalidad, que se ha apoderado de la disciplina con funestas consecuencias, pues está haciendo de la conversación académica un ejercicio a veces incómodo, otras veces insoportable y las más de las veces imposible.

Entrando en materia, el libro señala sin ambages un problema: una situación de declive de la democracia que ha instalado en la sociedad la percepción de que la democracia existente es una “democracia insuficiente”. Delimita un contexto histórico al que se circunscribe el campo de análisis: el mundo occidental posterior a la crisis económica de 2008. Se trata de un contexto importante en la medida en que señala dos fenómenos que se retroalimentan. Por un lado, la quiebra de la idea de progreso como afirmación de la civilización liberal que

La pervivencia del mundo clásico

por **Andrea Martínez Baracs**



Mary Beard
CLÁSICOS SIN FILTROS.
EL IMPACTO DEL MUNDO
ANTIGUO
Traducción de Silvia Furió
Barcelona, Crítica, 2026,
256 pp.

encontró su confirmación en la caída del comunismo soviético. Por otro, un tiempo fértil para el cultivo del populismo y el radicalismo que ayuda a entender el ascenso electoral de nuevos partidos de izquierda y derecha. Y explicita un método de trabajo propio de la disciplina: si el concepto de democracia ha perdido su capacidad para convocar a los ciudadanos con un significado claro y distinto sobre su naturaleza, se impone un análisis que arroje luz sobre qué usos e interpretaciones han sembrado la confusión que hoy domina nuestra conversación política.

La gran teoría política de la segunda posguerra utilizó de forma intensa pares contrapuestos de conceptos, a modo de antinomia, como instrumento de análisis para entender la quiebra de la democracia y el auge del totalitarismo en el periodo de entreguerras. Por ejemplo, Isaiah Berlin hizo famosa la contraposición entre la “libertad positiva” y la “libertad negativa”; Michael Oakeshott contrapuso “la política de la fe” a la “política del escepticismo”; Karl Popper enfrentó las ideas de “sociedad abierta” y “sociedad cerrada”; F. A. Hayek hizo lo propio con las ideas de “orden espontáneo” y “orden construido”. El profesor Ángel Rivero continúa este camino. Afirma que la confusión actual que se cierne sobre el concepto de democracia tiene que ver con la coexistencia de dos formas de entender el fenómeno —dos conceptos de democracia, por decirlo al estilo de Isaiah Berlin— que bajo el mismo nombre señalan dos formas muy distintas de entender un modo colectivo de ejercer el poder, su naturaleza y sus límites.

El libro, como su propio subtítulo indica —“Populismo, autocracia y polarización”— toma en consideración un amplio abanico de problemas que caracterizan los procesos de degradación de la democracia y que en otros tiempos propiciaron su quiebra efectiva. No obstante, si hay un hilo

conductor que conecta todos los capítulos es la presencia de esta distinción, poderosa y brillante, de dos tipos de conceptos de democracia enfrentados. De un lado, la “democracia liberal” como procedimiento de organización colectiva compatible que asume derechos individuales como límite a la voluntad general. De otro, una “democracia iliberal” que presupone que el ejercicio de la voluntad general no ha de tener límites si quiere considerarse una democracia plena. El primer modelo ha llevado históricamente a sociedades libres; el segundo modelo, dadas las inclinaciones autoritarias de quienes lo reivindican, se perfila como el molde en el que se forjan las sociedades populistas y colectivistas donde las libertades occidentales se agostan.

Sentadas las bases de esta distinción —que opera como la clave de lectura que da acceso a todo el programa que despliega el libro—, el profesor Rivero nos lleva con mano maestra por el pensamiento de los autores de la tradición liberal que ya advirtieron, cada uno en su registro, el peligro que se cierne sobre las sociedades que olvidan que la democracia sin límites al poder siempre deriva en autoritarismo. En estas páginas se encuentran y conversan sobre el particular la escuela de Salamanca, Locke, Montesquieu, Tocqueville, Mill, Berlin, Sartori y Oakeshott, entre otros, de quien el profesor Rivero toma su receta para superar la polarización que debilita la política y degrada la democracia: la política como conversación. A saber, como proceso de toma de decisiones que busca, a través del consenso, integrar a quienes piensan diferente y tienen intereses encontrados en un proyecto común que haga compatible el ejercicio del poder colectivo con la salvaguarda de las libertades individuales y el pluralismo consustancial a las sociedades modernas. ~

JORGE DEL PALACIO MARTÍN es profesor de historia del pensamiento político en la Universidad Rey Juan Carlos.

Mary Beard vive inmersa en el mundo latino y clásico, es una autoridad en la materia (no tanto frente a la academia italiana, que, al parecer, prefiere ignorarla) y es una figura pública muy popular y simpática: señora mayor anticonvencional, espontánea, multiculturalista y feminista. Es tan inteligente y sana que pudo desnudarse (con modestia y muy brevemente) ante la cámara, para un cortometraje que presentaba una reflexión sobre los desnudos en el arte. No duda en acostarse en el suelo frente a todo mundo para apreciar mejor un bajorrelieve hecho para ser visto desde abajo. Cuenta con una obra abundante. Sus libros más notables probablemente sean *Religions of Rome* (1998, dos volúmenes, en coautoría con John North y Simon Price), *SPQR* (2015), *Doce césares* (2021) y *Emperador de Roma* (2023). Ha realizado además series de televisión tan excelentes como exitosas. Se ha ocupado también de Pompeya, el Coliseo, la risa, la alfabetización, las mujeres, el cuerpo, el arte en la Roma antigua, el poder desde el pasado hasta el presente y de reflexionar sobre su vida como universitaria de élite en Gran Bretaña. Su libro más reciente, *Clásicos sin filtros*, se basa en una serie de conferencias que impartió en las universidades de Chicago y Edimburgo.

Clásicos sin filtros ofrece hermosos atisbos a la vida romana, dentro de una vasta ensalada con muchos signos de interrogación. Para sus

reflexiones, Beard parte de algunos vestigios: una famosa escultura, un grafiti de la antigüedad, tal vez proveniente de un baño público, inscripciones que ilustran escenas de la calle y la taberna. Con su enorme erudición y conocimiento, colecciona instantáneas de la cotidianidad en Roma. Al inicio de este libro la historiadora cuenta que ella ha seguido el camino del *thauma*, palabra griega que se traduce como ‘asombro’ o ‘maravilla’. Lo experimentó por primera vez cuando de niña le permitieron estar cerca de un panecillo egipcio que descubrió en la vitrina del Museo Británico: gracias a la proximidad con ese pan, una niña del presente vivió la abolición de veinte siglos y percibió el enigma intelectual encriptado a partir de este encuentro improbable, misterioso. Su *thauma* desde entonces la hizo buscar puntos de contacto entre nosotros y ellos; aquello que, en su concepción, revela lo nuevo dentro de lo antiguo. Ver con ojos frescos. En un libro cuyo título ella reutiliza con un sesgo crítico (*El impacto de lo nuevo*), el ensayista y crítico de arte Robert Hughes rechazaba las antiguallas. Beard, por su cuenta, aboga por devolverles a esos objetos su *factor wow*, el poder que tuvieron cuando fueron realizados originalmente.

Los atisbos son en efecto maravillosos: un grafiti en una taberna, que describe de modo prosaico y con humor algunos incidentes sucedidos en su interior. Un pequeño dibujo en la pared de una casa de Pompeya, que retrata a Eneas, su padre y su hijo en la imagen clásica, huyendo de la Troya en llamas. El padre Anquises aparece a hombros de Eneas y el niño Ascanio de su mano, pero los tres tienen cuerpo de monos, cabeza de perro y penes expuestos, más largos de lo habitual. Otra perla: la mil veces replicada escultura de tamaño real de Afrodita desnuda, que por repetición no nos dice gran cosa, pero que, cuando fue expuesta ante

el público por primera vez —según explica Beard—, representó una novedad escandalosa en el mundo escultórico, que aún no había mostrado así a una mujer. Un hermafrodito del siglo II d. C., dormido sobre una asombrosa cama de mármol, realizada por Bernini para que pareciera acolchonada y con una hermosa factura que hace justicia al yacente. Sobre cada uno de estos casos Beard ofrece datos útiles, pero el lector se queda con poco. Señala que sus profesores enmarcaron al hermafrodito como divertimento de la élite o tema mitológico recóndito, casi con el fin de “eliminar cualquier efecto impactante o posición ideológica”. En cambio, Beard plantea frente al hermafrodito la “difícil pregunta”: “¿cuál es la diferencia entre un hombre y una mujer?, ¿podemos ser ambas cosas?”. Parecería que, para devolverle frescura a la antigüedad, es deseable atraerla a discusiones de nuestro tiempo: ideológicas, como dice Beard. Francamente, incluso si se trata de vistazos, sería preferible profundizar en el tema, por ejemplo, sobre el erotismo en el arte greco-romano y su evolución. ¿Realmente no hay mujeres desnudas de tamaño real antes de la Afrodita? Aun no completamente desnudas, muchas esculturas griegas de mujeres parecen más eróticas que la Afrodita, en tanto muestran gestos sueltos, libres. ¿En qué era diferente ese erotismo del nuestro? ¿Cuándo y cómo se dejaron atrás las formas hieráticas en la representación del cuerpo humano? Y ¿qué cambió al respecto en el tránsito de los griegos a los romanos?

Los atisbos significativos y agradables aparecen en el libro junto a un bosque de preguntas y de reflexiones sobre la distancia y la cercanía entre nosotros y ellos, y sobre el significado y los usos de la antigüedad clásica. Una preferencia central de Mary Beard es desacralizar, con sorna inglesa, el culto anticuado de la documentación clásica y los grandes

autores, la investigación “con guantes azules”, “la versión saneada de la historia”, la “aburrida respetabilidad”. Beard elige la vida cotidiana, los personajes del pueblo llano, “los sinvergüenzas, los aventureros, los oportunistas”, como escribió Louis MacNeice, lo “sucio” y, siguiendo a su amado E. R. Dodds en su clásico *Los griegos y lo irracional*, el “desorden potencialmente salvaje” de lo irracional. La “desacralización” conduce a Beard a buscar los datos llanos, no los solemnes o idealistas, por ejemplo, respecto de la manufactura de las obras, su sentido político y su distribución. Es el caso del “Augusto de Prima Porta”, atípico en la historia del arte escultórico de los personajes del poder en tanto representa a un emperador “juvenil y atemporal” y no anciano, y que fue reproducido por Augusto en decenas de miles de ejemplares “por toda la región del Mediterráneo en la primera campaña masiva de proyección de imagen del mundo”.

Una reflexión importante de Beard, que defiende su propia profesión de “clasicista”, es el hecho de la pervivencia del mundo clásico, “durante más de dos milenios (como) una parte fundamental de la agenda cultural en Occidente”. Por ello destaca la estatua de bronce dorado del emperador Marco Aurelio, expuesta ininterrumpidamente al público desde su manufactura en el siglo II d. C. hasta hoy en día. La clasicista no ideológica que también es Beard puede declarar: “he aprendido que uno obtiene más de los clásicos si les permite que sean un desafío disruptivo frente a las certidumbres modernas autocomplacientes”, lo que desde luego se agradece. Observa también que la democracia griega, parte esencial del “milagro griego”, era mucho menos extendida en ese mundo y más mezclada: es la labor del historiador ver las cosas más de cerca y descubrir que todo era más complejo, identificar las manipulaciones

políticas y las versiones simplistas del pasado clásico, así como su apropiación por parte de imperios como el británico y por el supremacismo blanco, temas que absorben buena parte de la atención de la autora en este libro. Notar el sentido original de la elaboración de las obras de arte lleva a Beard a observar su utilización a lo largo de la historia, incluida la visita de Hitler a Mussolini en 1938, centrada en el Altar de la Paz de Augusto en Roma, que se conoce con todo su horror y humor negro gracias al diario que escribió Bianchi Bandinelli, el eminente arqueólogo italiano que debió ser el guía de esa visita. Lo cual lleva a Beard a considerar que la mayoría de nosotros somos como ese arqueólogo, “contrarios a la tiranía en sentido teórico”. Y a observar que el refugio en el glorioso pasado que parecen proporcionarnos los vestigios romanos es una ilusión, en tanto “la estructura de la Roma ‘clásica’ es, en parte, una creación fascista”. También son ciertos, recalca Beard, “los vínculos entre la expansión imperial y la enseñanza y aprendizaje de las disciplinas clásicas”.

Recordemos que lo cotidiano con toda su riqueza y variedad está al alcance en obras romanas como la de Juvenal —el caso de un pescado inusualmente grande y las peripecias de su venta, la crueldad de los nuevos ricos, la pobreza y sus amarguras, la depravación de las costumbres—. Afortunadamente no falta el material que Beard privilegia. También el gran tema de la distancia insalvable con los antiguos y su ilusoria inmediatez ha sido tratado por muchos autores que han buscado precisarla, estudiando la mentalidad, las convenciones y las percepciones colectivas. Para mencionar unos pocos, Jacques Le Goff y Pierre Monnet estudiaron el concepto del tiempo en la Edad Media, el italiano Carlo Ginzburg describió en *El queso y los gusanos* (1976) la mentalidad de un

molinero del siglo XVI. Beard busca que, con sus inmensos conocimientos, sus libros no parezcan eruditos, que sean atractivos para todos y que no se escondan en un pasado desconectado del presente. Para algunos lectores, sin embargo, la profusión de reflexiones, conexiones y matices en la prosa de Beard, siendo tan vívida e inteligente, puede resultar abrumadora y tal vez demasiado general. Frente a ello, defenderían el procedimiento anti-gueto del “cuéntanos cómo fue”. ~

ANDREA MARTÍNEZ BARACS es historiadora y autora de *Un rebelde irlandés en la Nueva España* (Taurus, 2022). Dirige la Biblioteca Digital Mexicana.

ARTÍCULOS

José Castillejo vuelve a casa

por **Manuel Arias Maldonado**



José Castillejo
UN LIBERAL EN LA
CONVULSA REPÚBLICA.
ARTÍCULOS ESCOGIDOS
Barcelona, Página Indómita,
2026, 224 pp.



DEMOCRACIAS
Y DICTADURAS
Barcelona, Página Indómita,
2026, 160 pp.

Cuando trabajaba en la publicación de mi primer libro hace ya casi veinte años, visité al editor Tim Chapman en la que fuera sede de Siglo XXI España: una encantadora propiedad llena de olivos situada en pleno Chamartín. Informado allí mismo de que había sido la casa de José Castillejo en Madrid, hube de confesar mi ignorancia: su nombre me era desconocido. Y aunque se trataba sin duda de una laguna imperdonable, lo cierto es que se hablaba poco de Castillejo entonces y se sigue hablando poco ahora; mucho menos de lo que merece una figura tan relevante en el infortunado

devenir del pensamiento liberal español. El olivar es ahora una fundación que lleva el nombre del pensador ciudadrealeño y recuerda a los visitantes que Castillejo —junto a la notable Irene Claremont, inglesa que estudió en Cambridge y dejó unas breves memorias de su matrimonio que se titulan *Me casé con un extraño* y han sido reeditadas por la Residencia de Estudiantes— convirtió el lugar en uno de los centros intelectuales de aquella España que tan alto quiso volar y tan bajo terminó cayendo.

Por eso hay que aplaudir la iniciativa de la editorial Página Indómita, que ha publicado en lo que llevamos de año dos jugosas compilaciones de textos salidos de la pluma de José Castillejo: *Un liberal en la convulsa República* recoge los artículos publicados por el autor en *El Sol* en los meses anteriores al estallido de la Guerra Civil; *Democracias y dictaduras* transcribe los programas que el autor radió desde Londres para la BBC entre 1942 y 1945. Quien se haga con estos volúmenes no solo se encontrará con un pensador serio y comprometido con la vida pública, sino también con un pensamiento que mantiene su vigencia. Leemos con provecho a Castillejo porque sus preocupaciones son, en buena y triste medida, también las nuestras: escribe sobre una España convulsa cuya democracia se encuentra amenazada por el frentismo partidista y el radicalismo ideológico, pero también sobre una democracia liberal que combate globalmente a los totalitarismos de corte fascista y sufre en el plano doméstico la amenaza que representa el socialismo revolucionario.

Su propia vida es arduo testimonio de la época que le tocó vivir: Castillejo huye a Londres tras salvarse en el último momento del paseillo que querían darle unos milicianos de la UGT en cuanto hubo estallado la guerra española; en la capital inglesa colaborará con la BBC y el bando franquista procederá a *cancelarlo* como enemigo de la patria. Si hubo una Tercera España,

pues, Castillejo forma parte de ella. Y en sus desordenadas filas sobresale por una anglofilia que viene a emparentarlo con José María Blanco White, aquel capellán ilustrado que se exilió en Inglaterra a comienzos del siglo XIX y anda hoy semiolvidado. Añadamos que Castillejo fue alumno y docente de la Institución Libre de Enseñanza, krausista influido por Giner de los Ríos y catedrático de derecho romano. Estudió en Alemania y era un hombre de mundo; de ahí que se desempeñase como secretario de la Junta para Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas que becó a numerosos españoles para que se formasen en Europa: es justicia poética que un destacado programa ministerial de movilidad para académicos españoles lleve hoy su nombre.

Si algo llama la atención de los luminosos artículos que Castillejo publica en *El Sol*, periódico fundado por Nicolás María de Urgoiti y Ortega y Gasset en 1917, es el carácter recurrente de la historia política española: como si fuera una pesadilla de la que no logramos despertar. Que sus reflexiones propendan al concepto y la abstracción, empeñado Castillejo como estaba en ilustrar al ciudadano español sobre el valor y la esencia de la democracia, nos las hacen si cabe más cercanas. Denuncia Castillejo en piadosa sordina al intelectual que se vende al precio de perder su “arisca independencia” y al maestro de escuela que se dedica a hacer proselitismo, exigiendo de ambos que afirmen su independencia y asuman su responsabilidad cívica; deplora serenamente que reine en el país “un dogmatismo pontifical que clasifica a los españoles en buenos y malos republicanos”; y afea la actitud destructiva de unos regionalismos a los que ve capaces de inventarse la opresión centralista en caso de necesidad.

Tales regionalismos –que hoy son ya nacionalismos– son presentados como corresponsables del

marasmo parlamentario que atena a la República. Distingue Castillejo entre “partidos nacionales” y “partidos circunscritos” a la defensa de una causa particularista, entre ellas la revolución social que persigue la izquierda marxista, consistiendo la desgracia de la República en que “ha caído del lado balcánico y de ahí sus enormes dificultades para realizar un sistema parlamentario”. Castillejo parece estar hablando del PSOE de Pedro Sánchez cuando denuncia a esos partidos nacionales a los que “la prisa por alcanzar el poder o retenerlo los llevó a buscar la alianza de partidos circunscritos”, de tal manera que “dejaron el interés general a merced de intereses de grupo o de clase”. Y también habla de nosotros cuando, discutiendo la amnistía que borró los delitos de los sublevados en Asturias y Cataluña, razona que “nuestros revolucionarios han alcanzado el poder y tienen que defender la impunidad, porque no podían castigar a los autores materiales sin ingresar con ellos en las cárceles”. A juicio de Castillejo, la “emoción infantil” que acompañó el advenimiento de la República –cuya legitimidad habría debido vincularse a las elecciones locales mediante un proceso más gradual de construcción institucional– había de desembocar en la decepción y el desorden. “Un país que rehúye las vías suaves y modestas del ensayo tiene que sufrir las lecciones severas del escarmiento”, escribe a principios de mayo de 1936: un profeta sin seguidores.

Ni que decir tiene que la crisis de la República española es parte –aunque una parte bien singular– de la crisis de la democracia liberal durante los años de entreguerras. De ella se ocupa con fruición Castillejo a lo largo de estos dos volúmenes, donde muestra su admiración por el modelo británico: una democracia que resulta del aprendizaje gradual de la costumbre y donde la voluntad de la mayoría es menos importante que el riguroso control que jueces y ciudadanos –a

través de las urnas y la opinión pública– ejercen sobre el gobierno. Han caído las democracias allí donde un proceso revolucionario inoculó el virus del plebiscitarismo, señala perspicaz un Castillejo que no deja de apreciar los rasgos democráticos y socialistas del nazismo. Y aunque su propuesta de un “nuevo liberalismo” encargado de restablecer el equilibrio en la relación entre representantes y representados –frenando así a los dictadores populares– carece de un perfil definido, algo parecido cuajará durante la segunda posguerra mundial en los países democráticos; la limitación constitucional del delirio ideológico será la nota dominante de las constituciones liberales que siguen a la derrota del fascismo.

Ese nuevo liberalismo, que a Castillejo no le fue dado conocer, ganó la Guerra Fría e impulsó una globalización que ahora parece haberse vuelto contra las propias democracias occidentales. No son pocos quienes reclaman hoy una refundación del liberalismo democrático; una que le permita derrotar al populismo iliberal, penúltima encarnación del viejo plebiscitarismo. Meditando sobre la inestabilidad que produce la confrontación electoral entre modelos sociales incompatibles entre sí, causa de una alternancia histórica en el poder que es dañina para el bienestar social, Castillejo se hace una pregunta de inesperada resonancia para nosotros: “¿Hay algún resorte para evitar que la democracia se suicide?” Haberlos, haylos. Y uno de ellos es el conocimiento de la historia: sabemos lo que no sabían –o no del todo– nuestros predecesores. Si no queremos recibir de nuevo “las lecciones severas del escarmiento”, en fin, leamos a Castillejo; que ya somos mayorcitos. ¡Aunque no lo parezca! ~

MANUEL ARIAS MALDONADO es catedrático de ciencia política en la Universidad de Málaga. En 2025 publicó *La pulsión nacionalista* (EnDebate).

Hitos en la construcción de la fe

por **Diego S. Garrocho**



Juan Esteban Constaín
EL HIJO DEL HOMBRE.
GRECIA, ROMA Y EL
NACIMIENTO DEL
CRISTIANISMO
Barcelona, Debate, 2026,
544 pp.

Los buenos libros suelen guardar alguna mentira o, al menos, alguna media verdad en el título. Solo así se reserva para el texto el sentido definitivo de aquello que el autor nos quiere contar. *El hijo del hombre* no es una excepción, y no es improbable que quien repare solo en las palabras y en la imagen de su cubierta se lleve una impresión equivocada. El icono de Cristo con la corona de espinas, o la mención a esa expresión aramea con la que el Jesús del Evangelio solía referirse a sí mismo, pueden llevar a alguien a pensar que este es un libro devocional o catequético. Habría sido, por supuesto, una opción legítima. Pero el ensayo de Constaín es algo distinto. El subtítulo de la obra (Grecia, Roma y el nacimiento del Cristianismo) nos da una primera pista. Pero no mucho más que eso.

El hijo del hombre aborda, desde luego, el surgimiento de aquella secta judía que devino, con el tiempo, una religión dominante en todo el orbe. El exergo de Nicolás Gómez Dávila —referencia habitual en los escritores finos— adelanta una premisa interpretativa inicial. Existe —puede existir, se da a veces, todos lo hemos visto— una forma de paganismo que cree en Jesús. Naturalmente, habrá que desentrañar el sentido de “creencia” e incluso de “paganismo”, pero en el arranque del libro queda ya situada una coordenada afectiva, aunque también intelectual, del lugar desde el que se aborda esta historia.

De las muchas maneras en las que podría calificarse este libro, no sería injusto conceder que, de algún modo, se trata de una confesión de amor por Roma. De nuevo, queda claro al comienzo, donde se retoma aquel célebre palíndromo que el diablo habría escrito para contener toda la historia de la ciudad: *Roma tibi subito motibus ibit amor*, que leído ya sea hacia adelante o hacia atrás nos dice: “te moverás, Roma, hasta ser el amor”. Una traducción —si se quiere, algo libre— que Constaín enmienda con el seseo colombiano, que por lo demás es mayoritario entre los hablantes de nuestra lengua, para decir: “te moverás, Roma, hasta hacer el amor”. El amor, Roma y la propia Colombia serán ejes no siempre confesos de un texto escrito con precisión, ritmo, sensibilidad y no poca ironía.

Este libro es una historia de las condiciones sociales, culturales, espirituales y políticas que hicieron posible el surgimiento del cristianismo. De algún modo podría decirse que el texto es una historia de Roma en sentido pleno, en el que los hechos positivos y ciertos se mezclan con la condición legendaria de los personajes que todos situamos en el origen de la ciudad. Esa mezcla entre ficción y realidad o, si se prefiere, entre la verdad del mito y las verdades de la historia, es un ingrediente vertebral de este ensayo, en el que se recorren todos los hitos fundamentales de la historia antigua anteriores e inmediatamente posteriores al nacimiento de Cristo. Por las páginas de *El hijo del hombre* aparecen Rómulo, Remo o Lucrecia y, según se avanza en la narración, el foco se amplía para ralentizar su curso con mucho mayor detalle y toparnos con César, Cicerón, Cleopatra, Marco Antonio o Augusto. Diría que son todos los que están y que están todos los que son. Tanto los personajes míticos como los reales, pero es que Roma le debe más a las mentiras de Virgilio que al rigor factual de Tito Livio. En paralelo,

Constaín no se olvida de la fortísima impronta de la cosmovisión griega, evidente en Alejandría pero también en Jerusalén, para exponer de forma no solo detallada, sino a veces trepidante, el curso de unos acontecimientos que forjaron, sería absurdo disimularlo, nuestra manera de ver el mundo.

Libros sobre la historia del mundo antiguo o sobre la historia sagrada hay muchos. Constaín tiene el buen gusto y la prudencia de cumplir con Droysen, Mommsen, Beard, Uribe Rueda o Momigliano, y los cita y a ellos se remite cuando la narración lo exige. Pero el planteamiento de este ensayo es diferente, y acoge con inteligencia su misión y su límite. Este libro es antes una *story* que una *history*. Es una narración personalísima sobre hitos a los que solemos referirnos de forma desordenada, pero que cobran un nuevo sentido y hasta un suspense renovado cuando se comprenden y se proponen como antecedentes de un hecho tan fundamental como el nacimiento del cristianismo. Esa es, quizá, una de las principales virtudes del libro: no aspira tanto a corregir el saber recibido cuanto a reordenarlo narrativamente y devolverle espesor, continuidad y dramatismo.

La prosa de *El hijo del hombre* es veloz y preciosista, e introduce además una novedad especialmente valiosa. Latinoamérica es también, entre otras muchas cosas, una forma específica de declinar la *latinitas*. Constaín demuestra en este libro una enorme personalidad al saber expresar con gran potencia literaria este hecho. Roma ni puede ni debe interpretarse del mismo modo si se la lee desde Heidelberg que si se acoge desde Popayán. De ahí que tenga tanto valor —y tanto sabor— la marca que le imprime el autor al texto, hasta ser capaz de narrar la violación de Lucrecia e iluminarla como “una milonga de malevos y compadritos”, interpretando la leyenda fundacional de la República desde una perspectiva distinta y acaso más

verdadera al describirla con americanismos. Esas marcas personales en el texto son constantes, y alivian la ortodoxia historiográfica con traducciones tan libres como la que presenta nuestro autor para las célebres palabras de Cicerón. El *quousque tandem abutere, Catilina...* queda traducido con un eficaz y por lo demás exacto “hasta cuándo vas a seguir jodiendo, Catilina”.

Los grandes nombres de la historia aparecen puntualmente referidos y a lo largo del ensayo encontramos referencias a Isócrates, Sócrates, Aristóteles, Estacio, Plinio, Ulpiano y al extensísimo elenco de personalidades históricas que protagonizan los distintos episodios descritos. Pero, y aquí aparece otro rasgo que pauta la personalidad del texto, al mismo tiempo encontramos alusiones a Silvio Berlusconi o a Liam Gallagher. Mención especial merecen Dante y Shakespeare, que en muchas ocasiones aparecen como autoridades esenciales a la hora de interpretar y reconstruir la propia historia antigua. Esa síncopa entre autoridades colombianas—García Márquez, Felipe Ossa—, historiadores de fuste, protagonistas de la Antigüedad y figuras contemporáneas nos devuelve un texto originalísimo. También es una cortesía especialmente útil cuando nos enfrentamos a una historia de la que conocemos de antemano el final, pero no siempre el modo en que ese final fue preparado durante siglos.

Gran parte del libro se dedica—casi valdría decir en este contexto: se consagra—al estudio y análisis de los precedentes helenísticos, romanos y hebreos del acontecimiento que pauta lo que denominamos la era común. Tanto es así que los hechos no alcanzan el nacimiento de Cristo hasta la página 387. Y como no podía ser de otra manera, tratándose de lo que se trata, Constaín debe enfrentar un dilema que ha desafiado a todos aquellos que han intentado aproximarse a la figura del fundador del cristianismo: ¿dónde acaba el Jesús histórico y

dónde comienza el Cristo de la fe? La pregunta—Bultmann lo vio claro—es posible que no tenga solución, lo que no quiere decir que deba desatenderse la distinción esencial, legítima y pertinente entre ambas aproximaciones. Constaín camina aquí sobre seguro y asume que la información disponible sobre el Jesús histórico no ha cambiado demasiado en los últimos siglos. Sin embargo, basta referir el testimonio de Flavio Josefo para acreditar que hubo un Jesús al que siguieron “muchos judíos y muchos griegos”.

Aquí, otra vez, *El hijo del hombre* se presenta como una guía eficaz para reconocer cuáles fueron los sucesos—y las palabras, y los documentos—sobre los que se construyó la fe de los primeros cristianos, una realidad para la que la intervención de Pablo de Tarso, san Pablo, resultó determinante. Constaín se acoge a la tesis de Ernst Hoffmann, según la cual, entre la muerte de Alejandro y la irrupción de Pablo, el mundo helenístico se sumió en un vacío moral y espiritual que abriría espacio a la nueva fe de aquellos que decidieron seguir y confiar en Jesús de Nazaret. Desde luego, nada de esto es completamente nuevo para el especialista, pero sí se ofrece aquí con una claridad narrativa y una articulación emocional de la que otros libros, más eruditos y acaso más solventes desde el punto de vista académico, suelen carecer.

Bien mirado, o bien leído, nada de lo que se presenta en este libro es radicalmente novedoso. Sin embargo, es de esperar que el lector medio—y puede que incluso el muy culto—no haya podido fatigar las complicadísimas páginas que filólogos e historiadores expertos han escrito sobre el surgimiento de una religión que, al igual que Roma, o desde Roma, pero también a pesar de Roma, llegó a dominar el mundo. En este sentido, el libro de Constaín resulta muy útil tanto por su colombianísima elegancia como por el ritmo y la velocidad que imprime a la historia. Rara vez

una escritura es rápida y bella, pero *El hijo del hombre* aúna esas dos virtudes no siempre conciliables. Es cierto que parte de la mejor materia prima posible, porque componer una narración en la que aparecen Alejandro Magno, Julio César, Herodes y el propio san Pablo es jugar con ventaja. Pero esa ventaja puede aprovecharse para contar una gran historia o puede, sencillamente, desatenderse y olvidarse. Constaín, desde luego, opta por lo primero.

El libro acaba donde empieza, y de donde prácticamente nunca se mueve: en Roma, otra vez, quién sabe si para siempre. Y acaso merecerá la pena enmendar el refrán y concluir—y este libro ayuda a constatarlo—que no son todos los caminos los que nos llevan a Roma. Es muy posible que Roma, la del palíndromo, los papas y los emperadores, no sea más que un camino ella misma para llevarnos a otro lugar. A fin de cuentas, lo dijo el Hijo del hombre: su reino no era—no es—de este mundo. ~

DIEGO S. GARROCHO es profesor de filosofía moral en la UAM. En 2025 publicó *Moderaditos* (EnDebate).

NOVELA

De conspiraciones, engaños y sociedades secretas

por **Rebeca García Nieto**



Adolfo García Ortega
LOS FALSARIOS
Madrid, Impedimenta, 2026,
176 pp.

El escritor Adolfo García Ortega se vale de un hecho por todos conocido, la llegada del hombre a la Luna en 1969, y de unos versos de T. S. Eliot para dar inicio a su nueva novela. Aquel día, dice uno de los personajes, asistimos al fin de la Luna. No a su

desaparición física, claro está, sino a la del halo de misterio que la envolvía. Si hasta entonces había inspirado poemas, mitos, leyendas, incluso cómics, a partir de ahí serviría de escenario a las teorías conspirativas más sonadas, siendo la más conocida la que decía que las imágenes del supuesto alunizaje correspondían en realidad a una filmación de Stanley Kubrick, cosa que el director habría admitido después en *El resplandor* (¿acaso no se han fijado en que el “All” de *All work and no play makes Jack a dull boy* se parece mucho a All, abreviatura de Apolo II?).

En *Los falsarios* no hay conspiraciones propiamente dichas (aunque, aprovechando que el Pisuerga pasa por Valladolid, en una nota al pie el vallisoletano cuestiona la causa oficial de la muerte de Gustave Flaubert y se sirve de Edmond de Goncourt para plantear una teoría alternativa); lo que sí hay es una sociedad secreta cuyos miembros intentan imponer una realidad paralela a través de una serie de libros apócrifos. Los falsarios de la Luna pretendían “desenmascarar el cientifismo oficial y bromea con la seriedad sacerdotal e impostada de los sabios astrónomos”; para ello, en 1835, A. Lock, creador de tan extraña sociedad, se aprovechará de la buena reputación del prestigioso astrónomo sir John Herschel y difundirá, en su nombre, la idea de que la Luna estaba poblada por algunas especies animales similares al ser humano: los *andro-selenios* o *selenios* a secas, una especie de hombres alados; los *vespertillos*, parecidos a los *andro-selenios* pero con pelo; y los *castores*.

Los falsarios contaron en sus filas con figuras célebres como Edmond de Goncourt, Jean Lorrain y tal vez el mismísimo Proust. En nuestro país destacan los escritos del abate Marchena, traductor, entre otros, de Rousseau, Molière y Verlaine. Según cuenta la novela, el insigne abate consignó en su diario lo que vio en su viaje a la Luna en 1786. Llegó allí ni más ni menos que en globo, como el protagonista de *La*

incomparable aventura de un tal Hans Pfaall, relato que, por cierto, Edgar Allan Poe pretendió hacer pasar por una noticia real. En este sentido, Poe fue un falsario en toda regla aunque no se incluya en la nómina de farsantes de la novela. En *Los falsarios* hay un juego constante entre ficción y realidad, entre lo real y lo apócrifo, y es posible que el lector se pregunte con frecuencia si lo que está leyendo ocurrió de verdad o pertenece al ámbito de la caprichosa fantasía. Lo cierto es que poco importa. Como decía el genial Umberto Eco, “los libros no están hechos para ser creídos, sino para ser sometidos a investigación”, y esta novela de García Ortega se presta, y mucho, a las labores detectivescas. La narración está sembrada de pistas, y también las ilustraciones que la acompañan, y, si el lector acepta el juego literario que le propone el autor, comprobará que lo que parece producto de una fantasía desatada se acerca más a la realidad de lo que se podía imaginar. De hecho, la farsa consumada por A. Lock en la novela se parece mucho al engaño perpetrado por un periódico neoyorquino en 1835.

García Ortega ha contado que en esta novela pretendía hacer algo perequiano. Siempre le han interesado los libros que llevan a otros libros y crean su propia realidad, como ocurre en *El viaje de invierno*, de Georges Perec, que trata del hallazgo de un poemario de un tal Hugo Vernier que contenía algunos versos que más tarde asumirían como propios Verlaine, Baudelaire, Rimbaud o Mallarmé. Según esto, los poetas malditos serían en realidad unos plagarios. O tal vez fue al revés y fue Vernier el que plagió “por adelantado” aquellos versos que años después verían la luz... *Los falsarios* pertenece a la tradición de OuLiPo, Borges y el citado Eco, a quien en una ocasión García Ortega calificó de “gran maestro y sabio enredador”. Hay, además, precedentes de esta novela en otras obras anteriores del autor, como *Lobo* y, sobre todo, *La luz que cae*. En esta última, protagonizada por un pensador

japonés del siglo XVIII, el novelista se inventaba toda una doctrina filosófica a medio camino entre el pensamiento occidental y el oriental.

En esta ocasión, la novela no tiene tanta enjundia, es más puramente lúdica, aunque no por ello sea frívola. El humor es sin duda su ingrediente principal, pero eso no le impide a García Ortega abordar temas más serios. La organización social de la Luna imaginada en el libro de uno de los falsarios, Émile-Marie Wolf, es una reproducción casi exacta de la sociedad parisina. En estas páginas, para mí las que tienen un mayor interés, el autor le hace decir: “Los ricos y los pobres se divierten como aquí, despreciándose, aunque ambos mundos se ignoran mutuamente tanto en la Tierra como en la Luna.” En el libro de Wolf hay un capítulo llamado “Asesinatos de burgueses en la luna” donde se afirma: “es un artículo de lujo, el burgués, cuando grita ‘¡Libertad!’ con voz de máquina, en determinadas revoluciones para poder justificarse cuando tenga que pisar con su bota a otros individuos de peor condición social, caso, por ejemplo, de sus empleados”.

Con todo, con tanta digresión en forma de nota al pie y tantos senderos que se bifurcan, he acabado con la sensación de que el laberinto borgiano construido por García Ortega daba muchas vueltas sobre lo mismo. El constante vaivén entre hechos reales y ficción literaria termina resultando agotador. Aun así, es de celebrar que un escritor confíe de esta forma en la complicidad del lector y lo saque del rol pasivo al que con frecuencia se ve reducido. También va a contrapelo en otro sentido: ahora que parece haber tanta hambre de realidad, *Los falsarios* es una apuesta firme por la imaginación, cosa no muy habitual en nuestras letras últimamente y que, sin duda, es digna de elogio. ~

REBECA GARCÍA NIETO es escritora y traductora. En 2024 publicó *El color y la herida* (De Conatus).

Borges y el monstruo de la poesía

por **Fernando García Ramírez**



Jorge Luis Borges
CONFERENCIAS
REUNIDAS 1960-1985
Compilación y edición
de Sara Luisa del Carril
Madrid, Alfaguara, 2026,
432 pp.

Borges imaginó una biblioteca infinita que contendría todos los libros escritos y todos los libros por escribirse, en todos los idiomas existentes y por existir. Del pasado y del futuro, una biblioteca eterna. También imaginó un solo libro que contendría todos los libros, en todas las lenguas, sin principio ni final, un libro de arena: un libro infinito. Con los años se ha ido conformando una auténtica biblioteca de Babel formada por los libros de Borges (cuentos, poemas, ensayos, entrevistas, autobiografías, prólogos, artículos, traducciones, reseñas) y por los libros sobre Borges. No alcanzaría la vida de una persona para leer todo lo que se ha escrito sobre el autor argentino. A cuarenta años de su fallecimiento uno pensaría que toda su obra habría visto la luz. Pero no dejan de aparecer volúmenes con material inédito. En esta ocasión me referiré al libro *Conferencias reunidas 1960-1985*.

El volumen contiene veintinueve conferencias de temas variados: Camoens, Lugones, Spinoza, Agnon, Shakespeare, Xul Solar, la poesía gauchesca, el libro de Job, la literatura fantástica, el libro, los sueños, sus propios cuentos y poemas. Destaca en este conjunto su ironía, su real o fingida modestia, su recurrencia a ciertos temas y anécdotas, pero también, conforme se aproxima la hora de su muerte, su desazón y disgusto con su propio país, con la venalidad que se ha apoderado de todo. Se queja del culto a la fama que

se apoderó de los nuevos escritores. La literatura había pasado a segundo o tercer plano. Había dejado de ser importante. Lo que contaba era la política, el culto a la imagen y el dinero.

En el centro del laberinto que es este libro (todos los libros lo son) se encuentra naturalmente el monstruo.

El monstruo es la poesía. Jorge Cuesta, temperamento romántico, escribió acerca del “diablo en la poesía”, señalando en ella su carácter de excepción y de peligro. Contemporáneo de Cuesta, otro Jorge, argentino, fue de temperamento clásico. Creía que la belleza estaba en todas partes si sabíamos ver bien. Creía que no hay persona que no se tope en un solo día, fugazmente, con la belleza. No pensaba Borges, como Cuesta, que la poesía fuera un peligro sino un don. La poesía no se hacía con esfuerzo desde la razón. La poesía era intuitiva y estaba ligada a la experiencia onírica. El lenguaje de la poesía participa del lenguaje de los sueños, su lógica es distinta de la diurna. De ahí su esencial ambigüedad y polisemia.

Autor de extraordinarios cuentos y penetrantes ensayos, Borges fue, sobre todo, un poeta. Sus tres primeros libros fueron de poemas, Borges los consideró irre recuperables. Su cuarto libro, y el primero en su bibliografía, fue *Fervor de Buenos Aires*. Su padre le dio el dinero para pagar la edición. A los pocos días de publicado el libro, Borges viajó a Europa. En España, en la *Revista de Occidente*, Ramón Gómez de la Serna elogió aquella obra, lo que provocó que en Argentina se leyera con aprobación anticipada. Borges, de regreso a su país, le llevó el libro a Alfonso Reyes, que era diez años mayor que él. Reyes fue muy generoso con el aprendiz de poeta: no leyó al poeta que era, dice Borges, sino al que podía llegar a ser.

Así fue el comienzo de Borges como poeta. En *Fervor de Buenos Aires* ensaya con poemas ultraístas, de vanguardia. Quería ser moderno sin darse cuenta

de que todos los poetas, aun los que juegan con anacronismos, lo son. Para su segundo libro, *Luna de enfrente*, compró un par de diccionarios de argentinismos para poblar sus versos de color local. Quiso ser argentino profesional sin darse cuenta de que hiciera lo que hiciera sería por fuerza argentino. Conforme fue publicando su obra se fue desprendiendo de capas de prejuicios y de ambiciones que nada tenían que ver con la poesía.

En 1955, a los 56 años, quedó ciego. Su padre también había quedado ciego, lo mismo que su abuelo. A Borges lo nombraron director de la Biblioteca Nacional, tremenda ironía, cuando ya no podía ver los libros que custodiaba. Uno de sus antecesores en el puesto, Paul Groussac, también fue ciego. Y antes de Groussac, otro director más, el novelista José Mármol, lo mismo. A Borges no lo sorprendió, como es natural, su ceguera: “Esta penumbra es lenta y no duele.” Su poesía cambió desde entonces. Por su incapacidad de escribir, componía sus poemas de memoria y luego los dictaba. Si en su juventud recurrió al verso libre vanguardista y al versículo (de estirpe whitmaniana), en su madurez practicó los metros clásicos. Una combinación extraordinaria de coloquialismo y formalidad animó desde entonces sus poemas.

Todas las conferencias de este volumen, por la invidencia de Borges, fueron improvisadas. La mayor parte de ellas tienen que ver con la poesía. Dedicó seis a la poesía argentina (“Poesía gauchesca”, “Leopoldo Lugones”, “El gaucho Martín Fierro”, “La poesía gauchesca”, “Poesía y arrabal” y “Martín Fierro, el gaucho y la literatura”), tres al poeta portugués Luís de Camoens, una a “Mi poesía”, otra a “La metáfora” y una última a “La poesía”. Estas conferencias presentan semejanzas y en ocasiones francas repeticiones con las seis conferencias que dictó Borges en Harvard durante el curso 1967-1968, reunidas en el libro *Arte poética* (Crítica, 2001).

También presentan coincidencias con la conferencia titulada “La poesía” (dictada en Buenos Aires el 27 de julio de 1977 y recogida en el libro *Siete noches*, FCE, 1980).

Mencioné que en el centro de este laberinto/libro se encontraba el monstruo y que este era la poesía. Borges nunca quiso salir de este laberinto. Creía en la inspiración, como Homero creía en las musas y los autores de la Biblia creyeron en el Espíritu Santo. Una fuerza se apodera del poeta en forma de una imagen o de un sonido. Puede ser un verso o una palabra o un ritmo. El poeta se deja habitar por esa presencia. Lo que sigue es el trabajo más arduo, que consiste en transcribir esa experiencia al papel lo más fielmente posible. Dice Borges: ahora no se cree en esa presencia, ahora le llaman subconsciente o inconsciente colectivo. Borges siempre fue un poeta comprometido, pero no con las causas sociales, sino con su propia obra. El poeta camina por el mundo, traslada sus sensaciones a un orbe verbal estricto y musical. Borges luchó toda su vida contra ese monstruo. Ese monstruo tenía su propia cara. ~

FERNANDO GARCÍA RAMÍREZ es crítico literario y consejero de *Letras Libres*. Mantiene una columna en *La Aurora de México*. Seleccionó y prologó el libro *Gabriel Zaid* en *Letras Libres* (Debate, 2025).

NOVELA

Lo que asoma entre las grietas (y brilla)

por **Mireya Hernández**



Peter Stamm
CUANDO OSCURECE
Traducción de José Aníbal Campos
Barcelona, Acantilado, 2026,
160 pp.

Doce veces más una oscurece en este libro. “Allí donde la luz no alumbraba, tal vez alumbre la sombra”, decía

Juarroz. Hay en la sombra un componente de misterio, como si esa penumbra que arrastramos todos nos impulsara hacia delante para buscar algo que desconocíamos pero que va a dar por fin sentido a nuestra vida. A partir de ese viaje revelador en que nada es lo que parece, la frontera entre ilusión y realidad se diluye. En medio de las dos, como en un cruce de caminos, nos sitúa Peter Stamm (Suiza, 1963).

Las historias de *Cuando oscurece*, traducidas con maestría por José Aníbal Campos, son como esos cuadros colgados desde hace años en la pared del pasillo que, de pronto, por un descuido en la mudanza (un leve roce del hombro al pasar con el sofá), se tuercen. El paisaje es el mismo, la retrata también, pero ahora tenemos que inclinar ligeramente la cabeza para verlos. Esa inclinación basta para que todo se desbarate. En los once relatos que componen este volumen, Stamm transforma lo cotidiano en inquietante y lo familiar en ajeno. Con una prosa nítida, concisa, chejoviana va recorriendo las vidas de sus personajes, en apariencia corrientes, hasta que algo detona y los hace cambiar de rumbo, a menudo hacia el interior de sí mismos. Al principio no son conscientes del desvío, pero saben, o intuyen, que detrás de todas esas colas (delante de las tiendas, saliendo de los bloques de oficinas, ante el funicular, en el restaurante de autoservicio) habita un vacío inmenso. En realidad no les gusta esquiar, y todo el dinero del planeta no puede equipararse a leer *Robinson Crusoe* parapeitados en una habitación de hotel que ya no pueden pagar. En ese momento epifánico, los sentidos se agudizan y el empleado de una empresa de aeronáutica que está a punto de jubilarse desaparece para el mundo. Aunque es difícil estar más solo que alguien en la alta montaña, incapaz de encontrar lo que siempre estuvo perdido, especialmente cuando la bruma lo envuelve todo. Pero “el paisaje no tiene la

ENTÉRATE DE LO ÚLTIMO EN NUESTRA CUENTA DE X.



@LETRAS_LIBRES



WWW.LETRASLIBRES.COM

culpa ni tiene memoria, tampoco tiene pasado". Ante esa desubicación, los hombres y mujeres de esta colección de cuentos buscan como pueden la luz. Hay luces que parpadean, que se apagan, que se reflejan en el agua. La "que penetra en el vagón tiene un brillo que duele". A veces son extrañas, otras trazan "una cadena luminosa" entre colinas cubiertas de nieve. ¿Pero adónde va toda esa gente?

¿Adónde van los coches?, se pregunta David en las primeras páginas, mientras planea atracar un banco con una máscara de ardilla. Tres relatos después, Sabrina intuye la frustración de quienes los conducen mientras la niebla se cierne sobre el lago. Y el Georg de "La primera nevada" se reconcilia con la oruga roja que avanza lentamente por la autovía, desde la que no consigue llegar a la escuela donde días atrás protagonizó una aventura insólita. La única prueba de su visita al bosque es un dibujo de un ramo de flores que estará colgado durante años en la nevera de la casa familiar.

En los cuentos minimalistas del autor suizo, escritos con un estilo despojado que hace pensar en Hemingway, los límites entre el

recuerdo y el sueño y entre el arte y la vida se desdibujan y la ficción se convierte en la mejor manera de lidiar con nuestro día a día. "Hay otros mundos, pero están en este", escribió Paul Éluard. Por eso Sabrina se pregunta si el artista que la está replicando en aluminio "podría escudriñar su interior con aquel aparato, ver lo que ni ella conocía de sí misma: una enfermedad, un destino, un secreto". La insatisfacción sale a flote una vez comienza el desajuste dentro de los personajes, tan vulnerables, tan alienados, tan frágiles en medio de una naturaleza prístina y terrible. Pero poco a poco, sin que nos demos cuenta, la incomunicación va cediendo y el amor se abre paso como pequeñas lucecitas que sembraran el camino. Porque están solos como lo están los lagos, cada uno en su isla desierta, pero aún tienen algo que puede salvarlos: la imaginación. Una cosa es la vida que llevan y otra la que les gustaría llevar. Por eso inventan historias paralelas que los mantienen alejados de las tormentas de cada día. "Hacía rato que había perdido la noción del tiempo, la luz se difuminaba y no parecía provenir de ningún punto,

como si el sol se hubiese detenido por encima de la capa de niebla. Podía ser mediodía, más tarde o más temprano. Y yo puedo ser ahora una niña pequeña, una mujer joven o vieja, aquí arriba no existen las diferencias."

Cuando lo desconocido irrumpe en la habitación a la que los personajes han querido escapar, el mundo que creían conocer se tambalea. Puede llegar a ser aterrador, pero hay algo en esa atmósfera sombría que los ilumina por dentro como fuegos fatuos. Seguirán siendo espejos ciegos, incapaces de reflejar al otro, y, sin embargo, su deseo permanecerá intacto durante el tiempo que duren esos breves seísmos. Es como si el autor quisiera demostrar que lo insignificante, lo ordinario, también está lleno de anhelos y pérdidas, de gozo y de desencanto. Al anochecer, todos saltan de las páginas y rodean a Stamm mientras escribe, y él apunta la linterna hacia su pecho. Porque es ahí, en la oscuridad, donde brota la luz. ~

MIREYA HERNÁNDEZ es escritora. En 2025 publicó *Veo el mundo como una gran sinfonía* (Pepitas de Calabaza).

